

## ESTUDIOS DE VIAGES.



Casita suiza en el nuevo bosque de Bolonia. — Pág. 26.

### EL NUEVO BOSQUE DE BOLONIA EN PARÍS.

PASEO ANECDÓTICO Y PINTORESCO.

Se ha verificado una trasformacion en el bosque de Bolonia. Hoy es uno de los mas hermosos parques del mundo. No solamente se pasea en él cada dia París con orgullo y con alegría, sino que toda la Francia, toda la Europa, el universo entero, atraídos por la esposicion, han corrido á admirar sus deliciosos y sombríos sitios, las aguas, las flores y las perspectivas del nuevo jardin de Armida. Venid conmigo, amables lectoras, á dar por él un paseo histórico, anecdótico y pintoresco. Si habeis estado en él, estas páginas os servirán de recuerdo, y si no os darán á conocer unos sitios en que he pasado muchas deliciosas tardes en este verano.

SEGUNDA SERIE. — 1836

Resto del antiguo bosque de Bouvrai, invadido de siglo en siglo por las casas de campo de Passy, de Auteuil de Longchamp, de la Muda, de Madrid, de Bagatela, de San James, etc, el paseo de Bolonia se hallaba en el mas triste estado, cuando emprendió Napoleon I su embellecimiento. La invasion de los ejércitos aliados en 1814, hizo en él grandes estragos. Un mismo golpe echó por tierra los árboles viejos y nuevos. Luis XVIII tuvo que comenzar de nuevo, y seguir la obra de su predecesor, continuada despues tambien por Carlos X y por Luis Felipe.

Empero el renacimiento del bosque de Bolonia estaba reservado á Napoleon III. Data desde la compra del terreno en 1852 por la ciudad de París, con condicion de hacer un parque digno de la capital de la Francia, segun el proyecto trazado por la propia mano del emperador.

Tratábase de llevar el agua del Sena al punto culminante del bosque, ahondar el estanque de un lado y el le-

AÑO XIV. 4.



cho de un río, abrir nuevos caminos para los carruages y las gentes de á pie, y convertirlo todo en un inmenso y vasto jardín inglés.

La solución del problema fué confiada desde luego á Mr. Varé, célebre arquitecto paisagista.

Marchó inmediatamente al terreno para estudiar las perspectivas, la variedad de los árboles y la disposición de sus masas y grupos. Dirigióse hácia el punto culminante, y subiendo sobre las ramas del árbol mas elevado, el cedro que se hallaba en medio de la plazuela, pudo abarcar desde allí fácilmente todo el teatro donde debía desplegar próximamente las creaciones de su genio. Cuando bajó del cedro tenía ya todo su proyecto en la cabeza, salvo las partes que era preciso dejar á la casualidad, para que produjese mas efecto. Estas partes eran sobre todo los contornos y recodos de los ríos y de las islas. Seguirse rigurosamente la línea de un plan, era esponerse á ser monótono, era ademas obligarse á tener que llevar el hacha sobre los hermosos y corpulentos árboles que pudieran encontrarse en estas líneas. El paisagista quería arrancar lo menos posible, utilizar las partes despobladas ó plantadas de árboles enfermizos, conservar todos los árboles hermosos, respetar todas las masas y grupos de arbustos verdes, utilizarlos en las perspectivas sobre las islas á lo largo de las orillas, y sobre las vastas terrazas cubiertas de césped. Formado así el proyecto, no se trataba mas, como se ve, que de aconsejarse con el mismo bosque antes de destruir. El hacha y la sierra, iban á ser inteligentes. Todo lo que tenía algun derecho á ser conservado, quedaria en pie. Las estacas de los ríos y de las islas, fueron plantadas siguiendo sus líneas los mas caprichosos contornos, procediéndose con el mismo respeto en las zanjias que se hacian y cuyos extremos debian tocar á algun punto pintoresco del horizonte: Bolonia, palacio de Saint-Cloud, el Monte Valeriano y Suresne, Neuilly, el arco de la Estrella y qué sé yo que mas. Un día visitando el emperador estos trabajos preparatorios, y viendo las precauciones que se habian tomado, lo aprobó todo sin reserva, y dió carta blanca á Mr. Varé. Entonces vinieron abajo las encinas raquíticas, desaparecieron los tallares sofocados, se abrió el cauce de los ríos, y aparecieron las islas enteramente plantadas de árboles. Se alzó una montaña en la plazuela de Mortemart: la vista se estendió á lo lejos en todas direcciones sin quitar nada de su misterio al bosque, ondulando por medio de él hermosos caminos cubiertos por grupos de árboles. Estos grandes trabajos, segura y económicamente dirigidos, ocuparon 4,200 trabajadores y 300 caballos. Establecióse un camino de hierro para facilitar el transporte de la tierra desde el sitio de su extracción á la plazuela de Mortemart, y á las calles que debian cegarse. Separáronse para los embellecimientos proyectados las rocas encontradas en las escavaciones y las piedras propias para construcción. La tierra vegetal forma caballetes en los sitios mismos en que debía sembrarse el césped; la arena y los guijarros sirvieron para empedrar las calles principales. No se dió un golpe de azadon ni pico inútilmente, ni se acarrió una espuerta de tierra en vano. La precision matemática se unia al capricho de la naturaleza y del arte.

Formado así el boceto del gran cuadro ha sido continuado despues, y se concluirá muy pronto por la mano de otro artista eminente tambien, Mr. Barillet-Deschamps, jardi-

nero en jefe del bosque de Bolonia. Este completa, corrige, mejora, da la última pincelada. Junta, distribuye, varía, combina los árboles, las plantas y las flores mas admirables de el uno y otro mundo. Pero para juzgar del conjunto y de los detalles, sigamos los nuevos caminos por donde cruzan todos los coches y los curiosos. Dejamos el paseo de los Campos Eliseos por el magnifico arco de triunfo de la Estrella, cuya vista hemos dado á nuestros lectores en la página 221 del tomo anterior. Una inmensa avenida ó calle inaugurada últimamente por nuestra hermosa compatriota Eugenia, y que ha tomado el nombre de Boulevard de la Emperatriz, nos conduce derecho á la antigua puerta Delfina, atravesando la grandiosa perspectiva del monte Valeriano. Hemos pasado las fortificaciones, nos hallamos en el bosque. El camino se estrecha, da vuelta graciosamente, y llega al río y á sus islas. Sigue sus contornos entre el azul de sus cristalinas aguas y la esmeralda de los frescos céspedes, donde serpentean los senderos para la gente de á pie. Detengámonos en la separación de las dos islas.

Están unidas entre sí por un pintoresco puente colocado sobre masas de rocas. Desde este punto la vista abraza el monte Valeriano, los ribazos inmediatos, y la casita suiza, cuyo dibujo presentamos á nuestros lectores. El agua baña las alfombras de fina yerba cortadas de distancia en distancia por rocas salvajes, grupos de verdes árboles, sauces inclinados con flexibles ramas que parecen cabelleras, una espesa floresta de rododendros y otros arbustos que la frescura del suelo mantiene siempre verdes. Esta frescura penetra todos los árboles, todas las plantas, las reanima, las trasforma. La vegetacion es magnífica. No hay ningún puente para pasar desde la orilla á las islas, pero elegantes barcas surcan el río y trasportan allí á los paseantes.

Entremos en una de estas barcas. Ya estamos en una de estas islas; es una espesa floresta llena de pájaros y de flores. Una senda sigue sus orillas; allí se estremecen las pequeñas olas del río, entre los nenúfares y las cañas, jugando en ella bandadas de cisnes y otras aves acuáticas. Pasemos de la primera á la segunda isla; detengámonos algunos instantes en medio del puente para gozar de la belleza del punto de vista. Nuestra barca nos ha seguido, saltamos nuevamente á ella despues de haber visitado la segunda isla, verdadero nido de verdura, donde los poetas vienen á buscar la inspiración y el misterio. La barca parte y se dirige al nacimiento del río, aproximándose á la opuesta orilla. Otras barcas están dispuestas á marchar, llenas de paseantes, niños alegres y hermosas señoras, cuyos coches están en lo alto, algunos pasos de allí, en el camino. Otras asoman sus lindos rostros á las portezuelas de sus coches, y contemplan el paisaje. Los caballeros con sus ligeros corceles pasan por detrás de los árboles, y los que van á pie, mas libres ó mas curiosos, llegan sobre el césped hasta la orilla del agua. Nuestra barca camina lentamente, los sauces llorones parecen inclinar sus flexibles ramas para vernos.

Nos aproximamos á la estremidad meridional del río. Aquí la escena crece, su carácter es imponente. A la derecha se elevan rocas salvajes, de donde se escapan las olas mugiendo, saltando en cascadas llenas de espuma, cayendo sobre otras rocas, y no calmando su inquietud y agitación sino á lo lejos; es el nacimiento de este río artificial.





*La Mendiga de la Vía Sacra*



Es preciso echar pie á tierra y visitarlo; es preciso adelantarse sobre ese pequeño promontorio, rugiente como un león herido, echando agua por todas partes, erizado de sombríos arbustos, y en cuyas grietas se agitan largas y delgadas enredaderas, azotadas incesantemente por las ondas. ¿Estamos en los Pirineos acaso, y es este nacimiento el de algún furioso torrente? No, estamos en el bosque de Bolonia, esas olas llegan de Chaillot pacíficamente, conducidas por un tubo subterráneo. ¡Ved cuánto puede hacer el arte!

Presentamos la vista de esta cascada, copiada del natural.

El arte ha hecho también ese hermoso, tranquilo y cristalino lago, separado del río por lo ancho del camino, y que se extiende hasta la antigua plazoleta de Mortemart. Aquí también todo es verdor, frescura, encanto. Es el cuadro que forma pareja con el que acabo de trazar en esas islas. El lago está liso como un espejo, la vista se extiende de la una á la otra orilla, y por todas partes descansa sobre una espesa cortina de pintorescos árboles, ó divisa encantadoras perspectivas.

Al final de estas maravillas hay otro prodigio; la antigua plazoleta de Mortemart se ha convertido en una montaña, y esto sin perder su famoso cedro que ha sido levantado cincuenta pies sobre el terreno que antes ocupaba. Sus raíces ocupan en el suelo el mismo punto que su cima ocupaba antes en el aire; es increíble, y sin embargo, es histórico. Con la ayuda de poderosas máquinas, después de haber separado de la tierra por un profundo foso toda la base del árbol gigante; haber deslizado fuertes maderos debajo de esta base, y haberla rodeado de tablas sujetas con aros de hierro, se ha levantado el cedro entero en los aires como una gigantesca maceta de flores. Después, cuando se hallenado la enorme excavación que se había hecho con el árbol y su tierra, que pesaban cerca de cien mil libras, se ha encontrado colocado como en el campo. El árbol sigue perfectamente bien, y ha echado nuevos tallos en la primavera, y es que en lugar de sacar como en otro tiempo su jugo de la roca, lo saca ahora de la excelente tierra vegetal amontonada á sus pies.

¡Solamente no preguntemos á la ciudad de París cuánto le viene á costar su cedro del bosque de Bolonia!

Examinemos mas bien el resultado de la operación, es decir, el panorama inmenso que se descubre desde esta colina, punto de partida, como os acordareis hemos dicho, de las combinaciones del paisagista.

Al Mediodía ved Bolonia, el palacio de Saint-Cloud, la linterna de Demóstenes, las laderas, las aldeas, las quintas que el Sena refleja en sus aguas.

Al Norte teneis bajo vuestra vista el bosque entero, su lago, sus jardines, sus nuevas alamedas, sus antiguos recuerdos. A la derecha, á lo lejos, se alzan los blancos perfiles del arco de triunfo de la Estrella: mas cerca de nosotros el Ranelagh y la Muda; el Ranelagh, donde se baila sin cuidarse del porvenir, la Muda, donde se medita en las cosas pasadas.

Pabellon de caza de Carlos IX, morada de los hijos de Enrique IV, agrandado por el regente para su hija la duquesa de Berry, reconstruido por Luis XV, que iba allí á olvidar sus deberes, retiro conyugal de María-Antonietta y de Luis XVI, ilustrado por la primera ascension arcostática, y el famoso banquete de la federación; el palacio de la Muda ha sido demolido en parte por la revolucion, pero aun sus restos atestiguan su pasado esplendor.

A la izquierda se levantan las alturas de Puteaux, de Suresnes, y el gran Monte Valeriano, ese dominador de paisage.

Cada una de estas calles que se mezclan y se cruzan va á parar á un recuerdo histórico: este conduce á Longchamp, cuya famosa romería, datando de San Luis, las cacerías de Enrique IV, las locuras de la corte y de la ciudad en el siglo XVIII, han engendrado el paseo del Viernes Santo que termina la cuaresma parisiense. Aquella otra calle lleva al palacio de Francisco I, ese brillante Madrid, donde vagan aun las sombras del Rey caballero, de Carlos IX, de Enrique III, de Enrique IV, de Luis XIII, al lado de los esmaltes de Bernardo Palissy, vendidos en 1793 á un picapedrero. Esa otra calle termina en Bagatela, el antiguo pabellon de los Condé, el pequeño Trianon del conde de Artois, cantado por Delille en sus *Jardines*, y embellecido por el marqués de Herford.

No abandonemos la colina de Mortemart sin bajar algunos pasos á la laguna de Auteuil, la sola pieza de agua del antiguo bosque, y que no es nada en comparacion de los lagos y rios actuales, pero que sonríe en medio de los mas antiguos y hermosos árboles de estos sitios.

Así se desarrollarán todas las nuevas plantaciones en las tres entradas del bosque: en las puertas Maillot, Delfina y de Passy.

Hemos comenzado nuestro paseo por la orilla oriental del lago, terminémosle por la occidental, donde son mas tranquilas las perspectivas; y al final del río, después de un camino de un cuarto de legua, nos volveremos á hallar en nuestro punto de partida, delante del boulevard de la Emperatriz, y por el arco de triunfo de la Estrella volveremos á entrar en París.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

BARBARA LA MORENA

6

### LA MENDIGA DE LA VIA-SACRA.

La Italia es el país de la hermosura; se diría que su cielo de fuego está colocado en este mundo de constela-

ciones para hacer brotar y madurar los productos encantadores de los milagros del Señor. En Italia es en donde los pintores mas célebres han nacido y fijado para siempre sobre el lienzo todos los recuerdos de la belleza física, profana ó sagrada, real ó imaginaria, gótica ó del renacimiento. A Italia es á quien el Tintoreto, Rafael y el Ticiano han debido sus inmortales creaciones.

No es raro en nuestros días el encontrar todavía en la Italia moderna restos de esta noble beldad, elevada, ma-



gestuosa, que brillaba hasta en las frentes de las diosas y emperatrices. La antigua sangre romana se ha perpetuado, y á veces una vaquera de Nápoles, una pastora de Milan ó una gondolera de Venecia, tienen ó bien los ojos de Cornelia, ó la graciosa boca de la ambiciosa Cleopatra.

Bárbara la Morena, habia nacido en los alrededores de Roma, de padres pobres, muertos de una epidemia. Habia quedado sola en el mundo, teniendo ademá que mantener y educar á Jacobo, hermano suyo gemelo, sobre el cual en calidad de muger y mas razonable que él, ejercia una autoridad enteramente maternal. Pasaba Jacobo el dia cuidando su rebaño, mientras que Bárbara, vestida con el traje sencillo y pintoresco de los alrededores de Roma, tendia la mano á los viajeros, dándoles en cambio unos pequeños rosarios de cristal, bendecidos por algun cardenal del Sacro Colegio.

Bárbara habia elegido para aguardar y salir al encuentro de los viajeros, el camino tan conocido de los peregrinos, llamado la Via-Sacra, todo el cual estaba rodeado por ambos lados de sepulcros de familias ilustres. Allí, al lado de su hermano vestido de pastor, aguardaba á la llegada de los correos, para recoger su diario acostumbrado.

Bárbara, tenia, pues, esa hermosura severa que se encuentra en los cuadros italianos: las facciones reflexivas, la frente alta y despejada, adornada de cabellos negros, la boca cerrada, los labios delgados, abiertos por cada lado como para esperar y ayudar la sonrisa. Su falda de lana no dejaba ver su elegante talle, y sus brazos, casi siempre desnudos, estaban tostados como los de las vírgenes de Byzancio, por los ardores de junio.

Un dia pasó por su lado una silla de posta: en ella iba una señora vestida de negro, jóven y de una fisonomía triste y severa.

—Mi buena señora, la dijo Bárbara siguiendo sin aliento junto á la portezuela el paso de los caballos, aqui teneis rosarios consagrados: los unos son azules como el colibrí, los otros son de perlas blancas como gotas de agua cristalizada, y los otros son de ébano, negros como moras, todos ellos han recibido la bendicion del sacerdote, no dejes de comprarlos, aunque sea el mas barato, el mas pequeño.

La señora miró con atencion á esta niña.

—¿Eres de este pais? la dijo.

—Si, señora.

—¿Tienes padre?

—No, señora.

—¿Y madre?

—Tampoco.

—¿Tendrás, pues, algunos parientes?

—Ninguno, señora, á no ser Jacobo, mi hermano.

—¡Ah! tienes un hermano.... tanto peor.

—¿Cómo es eso, señora? No comprendo yo porque ha de ser peor eso... yo le quiero y le sirvo de madre. Mirad, señora, si no hubiese tanto polvo en este momento, podríais verlo allí con su rebaño.

La berlina de la señora se habia parado por orden suya, y la mendiga hablaba con ella por la portezuela.

—¿Cómo es eso, escepto tu hermano, no tienes á nadie en este pais?

—No, señora.

—¿Y vendes rosarios?

—Para servirlos, mi buena señora, contestó la jóven,

que no perdía de vista sus intereses de vendedora; aqui teneis rosarios de la Sociedad de Jesus, Agnus Dei, medallas del padre santo, que vienen directamente del Vaticano....

—Pues bien, contestó ella, sube á mi coche, jóven, y á mi llegada á mi palacio, te tomaré mas rosarios que los que puedas vender en un año en el camino de la Via-Sacra.

—¿En dónde está vuestro palacio? preguntó la jóven.

—A un cuarto de hora de aqui. Ven, que el tiempo se pasa!

Y subiéndola con mano ligera, hizo seña al cochero, que partió al galope volviendo brida.

Jacobo llegó algunos momentos despues, y no encontró á su hermana. Un viejo paralítico, que imploraba la caridad en el camino, le dijo que habia subido con una hermosa señora en una rica carroza, y que despues de algunos momentos de indecision, se habia dirigido con dicha señora hácia las puertas de Roma. El jóven, pensando que volveria, la espero, pero en vano. Vino la noche, y Bárbara todavia no habia vuelto. Los minutos, las horas y los dias se pasaron, la jóven mendiga no volvió á parecer, y el pobre pastor, abandonado en su tierra natal, regaba la yerba florida de los prados con sus amargas lágrimas.

En esta época vivia en Roma la familia del señor marqués de Florentino, uno de los señores mas ricos, mas populares y considerados del pais. Hubo un tiempo en que la familia del marqués recibia la corte y la ciudad y gastaba sus rentas en fiestas que enriquecian el comercio y confundian con armonia y amistad las clases elevadas de la sociedad. Pero de algunos meses á esta parte, el marqués Florentino habia abdicado los honores que le pertenecian como propietario: habia cerrado las puertas de su palacio; habíase despedido de las fiestas, de los goces del mundo, y de los aduladores que le formaban una corte. El palacio Florentino se habia vuelto sombrío como un sepulcro. Vamos á decir el por qué.

Su hijo, el jóven Angel, oficial de guardias romanas, no tiene mas que veinte años, y ya lo veis, está encorbadado sobre su ancho sillón, pálido y sin aliento; sus ojos saltones, su respiracion entrecortada, su cuerpo desfallecido, sus miembros temblorosos y gastados por la fiebre. Ha dejado su brillante uniforme; y está vestido de luto, y se estremece á medida que aparece el sol.

—¡Hola! dice, ¡ahora es el momento! ¡la hora se acerca! ¡la hora en que mi sombra se me aparece, móvil, indecisa en un rayo luminoso; viene sola! ¡todavía sola! ¡siempre sola!

Al lado del oficial hay una muger, jóven aun, bella y cariñosa, procura desechar los sentimientos de dolor que asaltan su imaginacion.

—Angel, dijo, ¡ten calma, ten valor!

—¡Oh! ¿cómo puedes tú consolarme, hermana mia? ¿no ves que para mí ya no hay ni perdon ni esperanza? ¿No ves que yo estoy maldecido, condenado, perdido?

—Querido hermano, el arrepentimiento es agradable á Dios, y la Iglesia, que le representa en la tierra, da la absolucion al pecador. He estado á hacer en tu nombre la peregrinacion de la Via-Sacra, en donde duermen nuestros abuelos, he rogado, he implorado al cielo: ademas; tú exageras tu falta; tú tienes buenas intenciones, y estás puro de todo homicidio voluntario.

Angel se levantó entonces con un gesto de desesperacion salvaje.



—¡Buenas intenciones! contestó él, yo que he sido el provocador, yo que he dado el golpe fatal, yo que he hecho caer á mis pies mi víctima ensangrentada; ¡puras mis intenciones! ¡Yo que he llenado de luto á toda una familia; cuyas manos están teñidas de sangre humana! ¡Yo que he matado á mi amigo! ¡Oh! sí, hermana mía, yo seré culpable hasta que él, el difunto, el mártir, el espíritu celeste, no me haya perdonado, hasta que en este rayo su sombra no venga á fraternizar con la mía.

Debemos al lector aclararle todo esto. El jóven y brillante oficial, por una cosa sin motivo, por una disputa sin consecuencia, por una locura, había tenido con su hermano de armas, su amigo de la infancia y condiscípulo de colegio, una riña que envenenó la terquedad. Se desafiaron; tuvo el duelo lugar en las orillas del Tíber, en una mañana de estío, el arma elegida fué la espada, los hijos de las primeras familias de Nápoles fueron los testigos.

Angel cruzó el hierro con el que tanto tiempo había sido su tierno amigo, el compañero de sus placeres.

—Amigo, le dijo el adversario en el momento en que las dos espadas se encontraban y se enlazaban como dos serpientes luminosas, ¿quieres retirar las espresiones de cólera que te se han escapado? Me tendré por muy dichoso en poner fin á este asunto; mi corazón se desgarró á la idea de que me bato contigo.

—No, contestó Angel estraviado por el falso amor propio, por el pundonor; lo que he dicho no lo retracto delante de una punta de espada levantada sobre mi pecho. ¡En guardia y acabemos!

Los aceros se chocaron; los golpes se daban de una parte y de otra con la misma destreza de ese fatal arte de esgrima, que ha hecho tantas viudas y huérfanos; de repente, después de diez minutos de un reñido combate, una espada se hundió toda entera, un grito terrible, lleno de dolor y desesperación retumbó en los aires: el amigo de Angel había caído herido de muerte y ensangrentado á sus pies.

A esta vista, en este momento supremo, el hijo del conde Florentino se echó de rodillas al lado de aquel á quien con su mano acababa de abreviar la existencia. El tinte lívido de la muerte se pintaba ya sobre la frente del herido.

—¡Hector! ¡mi querido Hector! exclamó Angel, habla, dime que esto no es posible, que ese médico nos engaña ó que se engaña á sí mismo. No, tú no morirás, no puedes abandonar la tierra, tú tan jóven, tan bello y tan rico, tan bien dotado de todos los favores de la fortuna.... Vuelve en tí, ya te cuidaremos, te curaremos, y esta herida pronto se cerrará.

—Señor, dijo friamente el doctor, no canseis inútilmente al herido, dentro de cinco minutos estará ya muerto.

—¡Muerto! exclamó Angel arrancándose los cabellos, presa de una violenta desesperación; ¡muerto! ¡ah! ¡estoy maldecido! ¡estoy condenado!...

A estos gritos del mas sincero arrepentimiento, el moribundo abrió sus ojos apagados, y haciendo un esfuerzo inmenso de voluntad, dijo abriendo sus helados labios:

—Si yo muero, para tranquilizarte, Angel, mi sombra vendrá á concederte tu perdón!

En aquel momento tan solemne, tan imponente; en esta desgracia terrible, la razón del jóven oficial se trastornó; hubo una especie de velo tendido sobre aquella inteligencia, antes tan viva, tan bulliciosa; su espíritu no recorda-

ba sino estas palabras tomadas en su sentido material:

*Mi sombra vendrá, si muero, á concederte tu perdón.*

Desde aquel día, á la hora en que el sol despidió sus rayos, el jóven busca al lado de su propia sombra la de aquel que le había hecho esperar su perdón. Pero ¡ay! la busca en vano. La propia sombra se agita solo en la inmensa sábana de luz.

Hoffman, inmortal narrador, en sus cuentos fantásticos escritos bajo la doble embriaguez del tabaco y de la cerveza, nos ha revelado el hombre que había vendido su sombra, y que había sido juguete de los niños de su pueblo. Al contrario del héroe del cuentista alemán, el pobre hijo del marqués Florentino, buscaba sin cesar una sombra que en vano llamaba, y cuya ausencia deploraba....

Los médicos mas célebres, habían sido consultados sobre esta fatal enfermedad y habían seguido los progresos de esta inercia terrible. Todos habían retrocedido delante de este obstáculo, opuesto á la razón por la inteligencia debilitada, que se llama *Idea fija*.

Por mas que se habló á la familia del difunto para obtener de sus miembros el olvido y la reconciliación, hacerles dar pruebas de simpatías al desgraciado vencedor en el duelo fatal en donde había sucumbido una generosa víctima, nada produjo efecto, y Angel no dejó por eso de esperar á la segunda sombra que debía de ser su salvación y su providencia.

El uno de los médicos, después de haber seguido con gran conciencia las fases de esta enfermedad, imaginó una receta muy extraordinaria, pero que podía curarle ó al menos, aliviarle. Para calmar sus accesos de melancolía, pensó distraer al enfermo con conversaciones inocentes.

—Odette, le decía, la rústica y sencilla Odette, ella sola calmaba al rey Carlos IX, cuando hacia retumbar su palacio con sus gritos de terror: es menester tratar de introducir al lado de vuestro hermano una jóven, que sea sencilla y poco instruida, tal vez con el roce de este primitivo espíritu nacerán consuelos inesperados.

—¿Pero en dónde encontrar esa jóven que necesitamos?

—Hay, dijo el médico, en el camino de la Via-Sacra una jóven mendiga que pide limosna á cambio de sus escapularios y rosarios benditos. He tomado informes de ella; es hija de una familia honrada, muerta hace algunos años. El padre había servido en las guerras de Francia; su origen es honroso y su conducta irreprochable.

Y este fué el motivo por el cual la hermana del enfermo, paró un día su carruaje en el camino de la Via-Sacra, y que después de haberla buscado inútilmente, trabó conversacion con Bárbara la Morena.

¿Por qué, nos preguntareis ahora, este rapto, este silencio observado sobre el singular empleo que se esperaba hacer de ella con sus cuidados y su inteligencia? Motivos legítimos hubo para obrar así.

Quería el médico, que la sorpresa, el terror, y la candidez de la jóven cautiva, distrajesen el corazón del loco: no bastaba una persona nueva para preocupar esta imaginación en delirio; no era suficiente un recreo, un cambio de compañía ni una muger desconocida, pero si un sufrimiento al lado del suyo, y una voluntad al lado de la suya, y un pesar distinto, haciendo contraste con su pesar personal.

Sucedió lo que se esperaba de este rapto de nueva es-



pecie, verificado ya en las formas legales, pues el magistrado de Roma, había sido advertido del empleo á que se destinaba á la joven romana. Mientras que Jacobo se desesperaba, Bárbara estaba deslumbrada en aquel magnífico palacio de mármol, que ella en adelante iba á habitar.

—Señora, decía ella, escoged pronto vuestros rosarios para volverme presto, pues mi hermano estará inquieto sino me vé al anochecer.

—Dentro de un momento, querida mía.

—Es que ya oscurece y voy á llegar tarde, contestó la pobrecita.

—¡Paciencia y valor! repitió la señora.

E introdujeron á Bárbara al lado del enfermo.

—¿Quién sois? le preguntó Angel.

—Yo soy Bárbara la mendiga.

—¿Y qué vienes á hacer aquí?

—Vengo á vender mis rosarios, pero mi hermano me espera recostado al sol, allí abajo, cerca de la Via-Sacra: quisiera volverme.

—¡Al sol! contestó Angel, ¡tu hermano está al sol! ¿No busca como yo la segunda sombra?...

—¡La segunda sombra! No sé lo que quereis decir. Quisiera que me dejasen marchar, tengo sentimiento de que me detengan así.

Y Bárbara la Morena ocultó sus ojos bañados en lágrimas con una punta de su delantal.

Angel parecía contemplarla con sorpresa.

—¡Lloral! dijo. ¿Para qué me han traído á ver esta mujer que llora...

Y la cogió afectuosamente la mano.

—¡Tengo pesar! exclamó ella, ¡mucho pesar!

—Y yo también.

—¡He perdido á mi hermano!

—¡He matado á mi amigo!

Y empezaron á llorar los dos juntos.

—Señora, dijo el médico, escondido detrás de una cortina, á la hermana del joven oficial, ved ahí formada la intimidad. Nada une tanto como el dolor común.

Sin embargo, Jacobo aislado, apenas entró en su cabaña se postró de rodillas.

—¡Señor! decía, ¿qué es de Bárbara? ¿por qué no está ya conmigo? ¿por qué me ha abandonado? ¿por qué la han arrebatado á mi cariño?

Y cada noche se había puesto á rogar con las manos juntas delante de la imagen de María, la cual estaba colocada en la pared.

Su modesta lámpara proyectaba sobre aquella pared blanqueada con cal sus dudosos reflejos, inundado la piadosa estampa de sus vaporosos rayos.

—¡Señor! repetía el huérfano, vos que alimentais los pájaros del aire y los insectos de la tierra, vos cuya bondad es infinita, ¡tened piedad de un desgraciado! ¿Qué será de mí sin mi hermana! ¡sin mi querida compañera!

En aquel momento de queja, de duda y de terror, se verificó un hecho sobrenatural que el joven pastor vió con terror. Al mismo tiempo que se desesperaba por el vacío dejado por la ausencia de su querida hermana, vió que su sombra, que se proyectaba sobre la blanca pared no estaba sola!... ¡Estaba acompañada de otra sombra negra, que se adelantaba hacia ella!

Quedó un momento el pastor petrificado de terror,

hasta el punto de no atreverse á hacer ningún movimiento; sus cabellos se erizaron, sus brazos cayeron desfallecidos y se echó las dos manos á la frente.

La sombra se deslizó tras de la suya, levantó uno de sus brazos y tocó un mueble. Era alta y con vestido talar: aquella animada sombra fantasma de ébano, permaneció allí un segundo y desapareció.

Jacobo cayó pegado el rostro sobre el suelo.

Cuando tuvo valor para levantarse, no vió nada alrededor suyo, únicamente la puerta de la calle estaba abierta y sobre una pequeña mesa cerca de su cama, se encontraba una suma de dinero.

Jacobo la tentó para ver si no era la sombra de los escudos en lugar y sitio de los mismos escudos. Era efectivamente dinero, en piezas sonantes, y al lado de la suma tan misteriosamente traída, había un papel con el sobre para el Señor Jacobo.

Esto es lo que contenía el billete.

«Tu hermana está en lugar seguro y tiene lo que necesita, joven amigo, estáte, pues, sin cuidado sobre su suerte. Respecto á la tuya, desde ahora está asegurada. Nada te faltará, á condicion de que serás discreto y que no interrogarás ni aun al mensajero que te llevará tu pension semanal, adios. Muy pronto tu hermana te será devuelta.»

Este billete no tenía firma alguna.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó Jacobo, gracias por haber puesto á Bárbara fuera de peligro. Dios querrá que no esté ausente mucho tiempo, pues bien seguro es, que no interrogaré á esa sombra.

El tiempo se pasó, y con la misma regularidad cada sábado al anochecer, una sombra extraña aparecía en la fantasmagoría de la luz. Era ésta alta, esbelta, su ancho ropaje se dibujaba sobre su cuerpo tembloroso á las oscilaciones de la lámpara.... sus brazos eran inmensamente largos en razon de la reverberacion que hace parecer nuestra sombra desmesuradamente gigantesca. La sombra, pues, aparecía; luego un ruido se oía en la puerta y todo quedaba en silencio en la cabaña, y Jacobo cuando se atrevía á volver la cabeza, hallaba la suma necesaria á sus necesidades acompañada de un billete dándole ánimo.

Sin embargo, la enfermedad de Angel no sufría ningún cambio, estaba siempre pálido, melancólico y presa de un profundo pesar.

Esperaba sin cesar la sombra querida que debía traerle una completa absolucion.

Bárbara la Morena, despues de haberse afligido mucho tiempo por su interminable reclusion en su cárcel dorada, habiendo adquirido bien la certidumbre de que su hermano no carecía de nada, había tomado al lado del joven el cargo de enfermera y le desempeñaba con una conciencia estrema. Sus cuidados eran á cada momento los de una criada y de una hermana á la par; durante el día buscaba los medios de distraer su imaginacion por la relacion de alguna hermosa historia del piadoso pais que habitaba: á la noche cuando le dejaba le animaba, y á fuerza de valor había logrado dar un poco de calma á su espíritu, pero la idea fija se conservaba todavía en toda su fuerza, y en su violencia su compasion debía ser ventajosa á la joven.

—No me perdona aun, exclamaba todavía Angel, pues su sombra no se me ha aparecido, y hasta que no la vea, todo será para mí luto y dolor.



Al cabo de dos meses Bárbara obtuvo el poder recibir á su hermano, al cual habian con puntualidad remitido su pension.

—¡Mi querida hermana! exclamó el jóven, ¿eres tú á quien veo?

—Sí, amigo mio.

—¡Ah! ¡Qué hermosa estás con esos hermosos vestidos!

—Sí, pero hubiese preferido guardar los míos y la libertad que me procuran; pero nadie es dueño de su destino.

—¿Quién te obliga á quedarte aquí?

—Al pronto fué por compasion, pero hoy día es por agradecimiento: la condesa Luidga ha sido para mi desde hace dos meses, tan buena, tan cariñosa como una madre, tan deseosa de hacerme agradable mi morada entre esta familia, que yo sería una ingrata si la olvidase.

—De este modo, hermana, te quedarás todavía.

—Preciso es, pues el enfermo es digno de lástima.

—¿Y en adelante? ¿Quién venderá los rosarios y medallas en la Via-Sacra?

—Mas tarde volveré á tomar mi oficio.

—Pero entonces ya será tarde. Ya se ha establecido una jóven de los alrededores y te quita la parroquia.

—Nada temais, dijo la condesa interviniendo en la conversacion.

—Sin embargo, contestó el jóven saludándola, cuando el público se haya acostumbrado á ella, mi hermana no encontrará parroquianos.

—Yo me encargo de ello, contestó la gran señora; ella repartirá á su vuelta mas rosarios que los que se hayan vendido desde hace un año en la campaña de Roma.

—Pero, contestó Jacobo, ¿qué te retiene aquí?

—La compasion de esa cruel indisposicion.

—¿Y qué enfermead tiene?

—Una enfermedad fatal.

—Tanto peor. ¿No se puede curarla?

—Hasta ahora ha sido imposible.

—La vista de este niño tal vez le distraerá, pensó la condesa. Y agarrando á Jacobo por la mano, le introdujo en el cuarto de su hermano.

Angel estaba en aquel momento dominado por las mas sombrías preocupaciones; sus cabellos desarreglados, su espiritu estaba trastornado, y su pensamiento doloroso se revelaba contra él.

—¡Ay! ¡la sombra! decia, la sombra tan deseada, la sombra del perdon y de la espiacion, ¿cuándo vendrá?

—¿Qué dice? preguntó Jacobo.

—Llama á la sombra, esa es su locura.

—¿Y por qué llama á la sombra?

—Porque ha matado á un amigo en un duelo, y que interpretando en un sentido místico sus últimas palabras, cree que la absolucion de este crimen involuntario no le será concedida sino cuando la sombra de su amigo se le aparezca al lado de la suya.

—Es evidente, añadió Bárbara, que jamás será satisfecho.

—¿Por qué? preguntó Jacobo.

—Porque todo hombre no tiene mas que una sombra para su cuerpo.

—¿Qué sabes? dijo Jacobo, yo tengo, pues, dos.

—¿Dos sombras?

—Sin duda.

—¿Siempre?

—No, pero en algunos ratos; y como la segunda sombra me da en cierto modo miedo, no me disgustaría el cederla.

—¿Qué locura? dijo la condesa poniéndose pensativa.

—Nada es locura en una imaginacion jóven, contestó gravemente el médico, que acababa de entrar. Tal vez este niño tenga algunos medios para ello.

—¿De tener una sombra suplementaria? contestó la condesa Luidga con una triste sonrisa.

—Tal vez.

—Seguramente, dijo Jacobo, yo he tenido dos sombras á la vez.

—¿Cuándo, mi jóven amigo? le preguntó el médico.

—Cuando me traian mi pension.

—Pero, interrumpió la condesa, ¿vos érais, doctor, el que os habíais encargado de esa mision?

—Silencio, dijo el hombre del arte, este jóven pastor ha encontrado, tal vez sin saberlo, un medio de heroica curacion... Seguidme, y ¡quiera el cielo ayudarnos!

Al anochecer, el pobre loco estaba solo en su cuarto; la lámpara reflejaba sobre la pared, guarnecida de ricas colgaduras blancas y doradas, su gas luminoso, en medio del que se reflejaban las movibles sombras de las mariposas de noche. Angel, con las manos juntas delante de su reclinatorio, decia:

—¡Dios mio! ¡Ya hace dos años que estoy sufriendo y llorando, pidiendo á vuestra misericordia el descanso del corazon y la paz de la conciencia! ¡Señor, yo he orado y llorado largas noches, he implorado vuestra indulgencia, he llamado en mi ayuda á todas las potencias del cielo para que puedan interceder en favor del desgraciado pecador! Señor, ¿no lograré enternecerlos? ¿No oirás mi voz?

Todo estaba en silencio en el cuarto, y sin embargo, una puerta se abrió, y la forma de una muger apareció...

Era Bárbara la Morena, que marchaba sobre la punta de los pies y reteniendo el aliento.

—¡Dios mio! continuó el enfermo animándose ¡vos lo sabeis, al espirar lo ha dicho, y las palabras de un moribundo son sagradas como las profecias! ¡Si algun día debo de lograr el perdon de la irritada sombra, ella vendrá, espiritu etéreo, á advertirme por su presencia instantánea, aunque no fuese mas que por un minuto, por un segundo! ¡Oh! ¡Dios mio! perdonad el sueño de mi imaginacion enferma, tened compasion de mí.

En aquel momento, en medio de la luz de la lámpara, Angel vió aproximarse una sombra estraña vestida con largos ropages, y agrandándose poco á poco en la pared; quedó un instante indecisa, despues se adelantó hacia su propia reverberacion...

El enfermo, á esta vista dió un grito, y cayó al suelo privado de conocimiento.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Bárbara, ¡forzándome en producir la sombra que él esperaba, le habeis matado, doctor!

—Nada temais, contestó el médico, estoy contento de esa crisis; por los medios violentos es como se curan las enfermedades ocasionadas por causas violentas. Ayudadme á trasportarlo á su cama.

Se comprende que del mismo modo que el medico produjo la sombra, de la que Jacobo había tenido tanto miedo, cuando iba á depositar en la cabaña la pension enviada por la señora Luidga, aprovechándose de este ejemplo el bue-



no del doctor habia hecho reproducir la sombra esperada de Angel, sirviéndose para ello de la graciosa Bárbara la Morena.

El médico tenia razon. La conmocion, aunque fué grande, no causó sino una enfermedad de algunos dias; en adelante Angel volvió á ponerse alegre, contento y mas razonable. La locura habia desaparecido.

Ademas, hablaba de este duelo fatal que le habia puesto á las puertas de la muerte, con una tranquilidad y una reserva admirables, pero sin agitacion, sin remordimiento ni exagerado dolor. ¿Seria tal vez la sombra la que habia devuelto la tranquilidad á esta rica y generosa imaginacion? Nadie pudo contestar á esta pregunta.

Bárbara la Morena se volvió á su antigua vivienda, acompañada de Jacobo. Se les recomendó el mas profundo mis-

terio, el mas religioso silencio sobre la escena en la cual habian sido los actores. En efecto, eran la causa de que un subterfugio, tanto mas difícil de encontrar cuanto mas fácil era el ejecutar, habia devuelto la vida y la salud al heredero de la poderosa familia de Florentino. Así, pues despues de haber hecho la fortuna de dos hermosos jóvenes, la condesa Luidga tomó nota del dia en que su hermano habia sido curado, y á cada aniversario, Bárbara la Morena, siendo ya rica y no mendigando ya hacia muchísimo tiempo, distribuia gratis en su nombre en la Via-Sacra, millares de sagrados rosarios. Sobre cada una de las medallas, adornadas con la imagen de la Virgen, se leia alrededor:

BÁRBARA LA MORENA, LA MENDIGA DE LA VIA-SACRA.



Cascada en el nuevo bosque de Bolonia, copiada del natural.—Pág. 27.